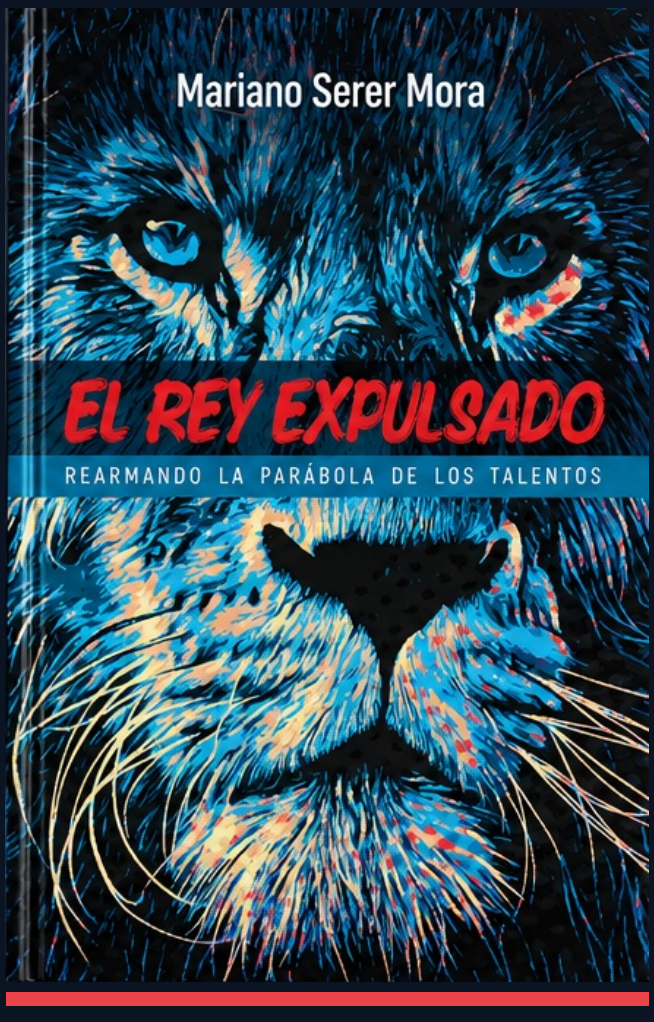
CARTA ABIERTA / NOVIEMBRE 2026

Los gestos de un gran profeta de la ternura y testigo de Jesucristo: el Papa León

Una carta abierta al Papa León XIV, a propósito de su homilía en Pucallpa (Perú), el 15 de noviembre de 2026.



Por Mariano Serer Mora

Teólogo y autor de «El rey expulsado. Rearmando la parábola de los talentos».

Querido papa León XIV:

Quisiera comenzar estas líneas expresándole mi sincera admiración y agradecimiento. Hace apenas unos días tuve la inmensa alegría de participar, en Buenos Aires —mi ciudad—, de los encuentros que usted presidió en el Monumento de los Españoles. Allí estuve, entre tantos argentinos que quisimos acercarnos para escucharlo, rezar con usted y celebrar su presencia en nuestra tierra. Su visita me conmovió profundamente. No solamente por sus palabras, sino especialmente por sus gestos. Porque hay ocasiones en las que el Evangelio se anuncia desde un púlpito, pero hay otras en las que se vuelve extraordinariamente visible en las manos, en los abrazos, en las miradas y en las decisiones de quien lo predica. Y estoy convencido de que usted ha sabido hacerlo.

Sin embargo, el domingo 15 de noviembre, al leer su homilía pronunciada en Pucallpa, Perú, experimenté una inquietud que quisiera compartirle con humildad y libertad. Allí usted predicó sobre la parábola de los talentos (Mt 25,14-30), un texto al que he dedicado varios años de investigación y que dio origen a mi libro El rey expulsado. Rearmando la parábola de los talentos, publicado en 2024. Al leer su interpretación, reconocí la lectura clásica que durante siglos ha acompañado a buena parte de la tradición cristiana: el señor de la parábola representa a Dios; los dos primeros servidores encarnan la fidelidad; y el tercero, que no hizo producir el dinero recibido, representa al creyente que se deja paralizar por el miedo y no responde a la confianza divina. Comprendo el sentido pastoral de esa interpretación. Usted desea anunciar que Dios confía en nosotros, que nos ama y que nuestros dones deben ponerse al servicio de los demás. Son afirmaciones profundamente evangélicas que comparto. Es más, usted reconoce en su homilía que las palabras señor y servidor, marcadas tantas veces por relaciones humanas de poder y sometimiento, adquieren en labios de Jesús un significado nuevo. Afirma que Cristo transforma esas relaciones y nos invita a pasar del miedo a la confianza, hasta reconocernos hijos amados de Dios. Me parece una enseñanza hermosa.

Pero allí comienza precisamente mi pregunta. Si Jesús transforma nuestra comprensión del poder, ¿no deberíamos examinar también la identificación que hacemos entre Dios y el personaje poderoso de la parábola?

Mi inquietud no nace de lo que usted quiere anunciar, sino de un interrogante anterior:

> **¿Estamos seguros de que el señor de esta parábola representa a Dios?**

Un señor que exige intereses y termina expulsando

En Mateo 25, el propietario entrega enormes cantidades de dinero a sus servidores. Dos de ellos duplican lo recibido y son recompensados. El tercero, en cambio, conserva el dinero y se lo devuelve íntegramente. Conviene detenernos en las cantidades. En el mundo del Nuevo Testamento, un talento podía equivaler aproximadamente a 6.000 denarios, tomando como referencia el talento monetario de plata. Un denario era la paga habitual de una jornada de trabajo. Así, los cinco talentos entregados al primer servidor representarían unos 30.000 jornales; los dos talentos del segundo, unos 12.000; y el único talento del tercero, nada menos que 6.000 jornadas de trabajo. Si realizáramos una equivalencia puramente ilustrativa, considerando una jornada laboral por cada día del año, hablaríamos aproximadamente de 82, 33 y 16 años de trabajo, respectivamente. ¡Estamos ante sumas extraordinarias! No se trata, en el nivel literal del relato, de pequeñas capacidades personales, sino de una enorme concentración de riqueza. Cuando el tercer servidor debe rendir cuentas, describe a su señor como un hombre duro, que cosecha donde no sembró y recoge donde no esparció.

Sus palabras podrían expresar miedo y una percepción deformada del propietario, como sostiene la interpretación clásica. Pero también podrían escucharse como una denuncia del modo en que aquel señor obtiene su riqueza. Hay, además, dos textos del Antiguo Testamento que quisiera poner en diálogo con las palabras del tercer servidor. En Deuteronomio 6,10-11 y Josué 24,13, Dios recuerda a Israel que le ha entregado tierras que no trabajó, ciudades que no construyó, viñas y olivares que no plantó. El pueblo recibe gratuitamente aquello que no produjo. En Mateo 25,24, en cambio, el tercer servidor describe a su señor como alguien que cosecha donde no sembró y recoge donde no esparció. La semejanza de las imágenes es sorprendente, pero su orientación parece radicalmente distinta. En los textos del antiguo Israel, Dios entrega gratuitamente a su pueblo aquello que este no produjo. En la descripción que ofrece el tercer servidor, el señor aparece como quien reclama para sí aquello que otros han producido.

En un caso, la riqueza recibida es don. En el otro, la riqueza aparece vinculada a la exigencia de rendimiento y a una relación de apropiación. No pretendo afirmar que Mateo esté citando directamente a Deuteronomio o a Josué. Se trata de una comparación intertextual que merece ser explorada.

> **¿No deberíamos detenernos en esta diferencia antes de identificar al señor de la parábola con Dios?**

Si ampliamos nuestra mirada hacia la teología de la creación, la pregunta adquiere todavía mayor profundidad. La tierra y cuanto contiene pertenecen al Señor (Sal 24,1). La humanidad recibe un mundo que no ha creado y cuya vida la precede. El Dios bíblico es quien da sin necesitar enriquecerse. El señor de Mateo 25, en cambio, espera que su capital regrese multiplicado.

Santo Padre, ¿no es precisamente el Dios que regala, antes que el señor que reclama, aquel Abbá cuya misericordia usted nos ha anunciado tan bellamente durante su visita a nuestra tierra? Volvamos ahora al relato.

La respuesta del propietario es contundente. Llama malo y perezoso al tercer servidor, le reprocha no haber depositado el dinero en el banco para recuperarlo con intereses, le quita lo que había recibido y finalmente ordena expulsarlo a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes. Este último desenlace, tan importante para comprender el conjunto de la narración, no aparece desarrollado en su homilía. Es verdad que la expresión pertenece al lenguaje escatológico característico de Mateo y que la lectura tradicional la relaciona con el juicio divino. No podemos ignorar ese contexto literario. Pero precisamente porque debemos tomar en serio todos los elementos del relato, me pregunto qué sucede si escuchamos esas palabras como la descripción de una exclusión ejercida por el poder, y no necesariamente como una representación del comportamiento de Dios. ¿Por qué identificamos inmediatamente con el Abbá de Jesús a un personaje que exige rendimiento económico, reclama intereses y termina expulsando a quien no satisface sus expectativas?

En el mundo bíblico, el cobro de intereses no es un detalle indiferente. La legislación de Israel establece restricciones muy significativas sobre esta práctica, particularmente en las relaciones entre miembros de la comunidad (Ex 22,24; Lv 25,35-37; Dt 23,20-21). Desde luego, el contexto económico de aquellas leyes no puede trasladarse mecánicamente a todas las situaciones. Pero tampoco parece adecuado ignorarlo cuando investigamos una parábola arraigada en las tradiciones de Israel y en el mundo social del siglo I. En mi investigación propongo lo que he llamado una lectura andrajosa: una aproximación que intenta escuchar el relato desde quienes habitualmente quedan en los márgenes de nuestras interpretaciones y, en primer lugar, desde el contexto histórico, social y religioso de Jesús de Nazaret. Desde esta perspectiva, el tercer servidor podría no ser simplemente un cobarde. Su negativa a participar de la lógica económica del señor, acompañada por la denuncia de su comportamiento, podría entenderse como una forma de resistencia.

En la Palestina del siglo I, dominada por Roma y atravesada por relaciones de dependencia económica, muchos campesinos sufrían las consecuencias de la tributación, el endeudamiento y la concentración de tierras. Desde ese horizonte, el propietario de la parábola puede evocar las estructuras de acumulación y dominación que caracterizaban a determinados sectores de aquel mundo. La afirmación de Jesús sobre dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Mt 22,21) nos recuerda, asimismo, que su predicación no fue ajena a las tensiones entre autoridad política, pertenencia y fidelidad a Dios. No sostengo que podamos demostrar que Jesús identificara directamente al señor de la parábola con Roma. Esa es una hipótesis histórica que exige argumentación. Pero sí considero legítimo preguntarnos si el relato puede ser escuchado desde la experiencia de quienes padecían aquellas relaciones de poder.

No pretendo presentar esta interpretación como la única posible. Soy consciente del peso de la tradición y de las dificultades exegéticas que plantea, especialmente dentro del discurso escatológico de Mateo. Pero considero que merece ser examinada antes de identificar automáticamente al propietario con Dios.

Cuando usted entró en la cárcel, vi otra imagen de Dios

Santo Padre, entre todos los gestos de su visita a la Argentina hubo uno que me conmovió especialmente: su encuentro con las personas privadas de libertad en Buenos Aires. Allí usted habló de la posibilidad de comenzar nuevamente. Reconoció el sufrimiento, el pecado, las heridas provocadas y recibidas, pero también insistió en que ninguna persona queda definitivamente reducida a sus errores. No fue a negar las responsabilidades de quienes habían cometido delitos. Fue a recordarles que todavía podían reconstruir sus vidas y que la gracia de Dios seguía actuando en ellos. Usted, con el rostro lleno de Cristo, fue a anunciar que incluso en medio del fracaso y de la oscuridad puede comenzar una historia nueva. Y entonces me surgió una pregunta.

> **¿No estuvo usted haciendo algo profundamente diferente de lo que hace el señor de la parábola con su tercer servidor?**

Mientras aquel señor expulsa al que considera inútil, usted fue al encuentro de personas que nuestra sociedad muchas veces prefiere mantener lejos de su mirada, tratadas como descarte. Mientras el propietario reclama resultados, usted anunció la posibilidad de una nueva vida incluso después del fracaso. Mientras uno cierra la puerta, usted quiso recordar que todavía es posible volver a comenzar. No quiero establecer una equivalencia simplista entre el servidor de Mateo y una persona encarcelada. Sus situaciones son diferentes. Pero existe un contraste teológico que, a mi entender, merece ser considerado: la manera de ejercer la autoridad y de responder ante quien no ha cumplido con lo esperado. Y aquí aparece un detalle que considero extraordinario. Durante su visita a la cárcel, usted recordó que Jesús se había identificado con las personas encarceladas, citando Mateo 25,36.

> **¡El mismo capítulo del Evangelio que cuatro días después predicaría en Pucallpa!**

En una escena, el señor expulsa. En la otra, Jesús se deja encontrar en quien está preso. Usted, Santo Padre, me permitió reconocer algo del rostro de Jesús en mi tierra del fin del mundo. Es verdad que Mateo 25 también contiene un lenguaje exigente de juicio y responsabilidad. No podemos eliminarlo. Pero justamente por eso me pregunto:

> **¿No debería la identificación de Jesús con los pequeños, los sufrientes y los excluidos convertirse en una clave esencial para interpretar el capítulo en general y la parábola de los talentos en particular?**

En Buenos Aires, usted nos enseñó a resistir a los reyes que amenazan

Hay otro momento de su visita que me resultó particularmente revelador. Durante la vigilia con los jóvenes, en la que acompañamos a chicas y chicos de mi familia marianista en el Monumento de los Españoles, usted realizó una hermosa lectura del capítulo tercero del libro de Daniel. Recordó a Ananías, Azarías y Misael, aquellos jóvenes que se negaron a arrodillarse ante la estatua levantada por Nabucodonosor. El rey exigía obediencia. Los jóvenes se resistieron. Y el castigo fue el fuego. Sin embargo, usted reconoció con claridad que Dios no estaba del lado del monarca que amenazaba, sino junto a aquellos que habían encontrado la libertad para resistirse.

Su interpretación me pareció profundamente evangélica, magníficamente esperanzadora. Porque nos recordó que no todo poder representa a Dios, que no toda obediencia es virtud y que, en ocasiones, la fidelidad consiste precisamente en negarse a participar de aquello que contradice la justicia del Reino. Entonces volví a pensar en el tercer servidor de Mateo 25. En Daniel, tres jóvenes se resisten a un rey y son condenados. En Mateo, un servidor cuestiona el comportamiento de su señor y termina siendo expulsado. Conviene detenernos un instante en las palabras que utiliza el evangelista. Mateo llama al propietario kýrios (κύριος), término griego que puede traducirse como señor, amo o dueño, y a sus servidores doûloi (δοῦλοι), es decir, esclavos o siervos sometidos a su autoridad.

De hecho, en Mt 25,19 encontramos la expresión ho kýrios tōn doúlōn ekeínōn: «el amo de aquellos esclavos». No estamos, por tanto, ante una relación entre iguales, sino ante una estructura de autoridad y subordinación. Y aunque kýrios es también un título utilizado para referirse a Dios, su presencia en el relato

no nos autoriza, por sí sola, a identificar automáticamente a este propietario con el Abbá de Jesús. Es precisamente esa identificación la que quisiera volver a examinar. Hay algo más. En Mateo 20,25-28, Jesús cuestiona la forma en que los poderosos ejercen autoridad sobre las naciones y presenta el servicio como criterio de grandeza. El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir. ¿No deberíamos considerar también esa enseñanza al interpretar a un amo que exige beneficios y termina expulsando a uno de sus esclavos? Los relatos de Daniel y Mateo son distintos, y no sería riguroso equipararlos sin más. En Daniel, la resistencia responde explícitamente a una exigencia idolátrica; en Mateo, el sentido de la conducta del tercer servidor permanece abierto a la discusión. Pero ambos textos nos obligan a discernir qué representa la autoridad en una narración bíblica. En Daniel, reconocemos a Dios junto a quienes resisten al poderoso.

¿Por qué en Mateo suponemos, desde el comienzo, que Dios debe estar representado por el poderoso y no podría estar del lado de quien se atreve a cuestionarlo?

> **Tal vez esa pregunta nos permita volver al texto sin distribuir anticipadamente sus personajes.**

La paradoja de su homilía en el Perú

Hay algo más que deseo destacar. En Pucallpa, usted habló con valentía de la explotación laboral, del sufrimiento de los pueblos amazónicos, de la devastación ambiental y de las consecuencias de una insaciable sed de dominio. Sus palabras denunciaron una economía que destruye la creación y vulnera la dignidad humana. Y, sin embargo, al interpretar la parábola, la figura del señor continuó siendo la imagen de Dios, mientras que el servidor que cuestionaba su manera de obtener beneficios quedó identificado con una conciencia equivocada. Comprendo su razonamiento: usted no considera que Dios sea un explotador. Por el contrario, sostiene que el tercer servidor se equivoca precisamente porque atribuye a Dios las características de los señores injustos de este mundo. Ahí reside nuestra diferencia interpretativa. Usted encuentra la transformación evangélica del relato en una nueva comprensión del señor. Yo me pregunto si esa transformación no podría comenzar al descubrir que el señor descrito por el tercer servidor no representa necesariamente a Dios.

> **Aquí encuentro una tensión que no logro resolver.**
>
> **¿Y si Jesús estuviera utilizando precisamente la figura de un señor poderoso para desenmascarar una determinada lógica de acumulación?**
>
> **¿Y si el relato no buscara enseñarnos cuánto debemos producir para Dios, sino invitarnos a reconocer las estructuras de poder que producen exclusión?**

¿Y si el tercer servidor, al devolver lo recibido sin haber generado ganancias, estuviera negándose a participar de una relación de injusticia sistemática?

Reconozco que son preguntas abiertas. La lectura clásica tiene argumentos literarios y teológicos que deben ser escuchados. Sin embargo, quisiera detenerme en una enseñanza que habitualmente extraemos de esa interpretación: Dios nos entrega dones para que los hagamos crecer y los pongamos al servicio de los demás. Comparto profundamente esa convicción. Pero me pregunto si no encontramos un fundamento más directo para reflexionar sobre el destino de nuestros bienes en otra parábola de Jesús, aquella breve narración del hombre rico cuyas tierras habían producido abundantemente (Lc 12,16-21). Allí Jesús presenta a un hombre que, ante la prosperidad de sus cosechas, decide construir graneros más grandes para almacenar cuanto ha producido. Su problema no es haber trabajado ni haber obtenido una cosecha abundante. Su problema es que todos sus proyectos terminan en sí mismo. No hay lugar para los demás. Y es precisamente entonces cuando Dios lo llama insensato y cuestiona el destino de todo cuanto ha acumulado.

¿No resulta significativo que, mientras en Lucas Jesús cuestiona al hombre que acumula riquezas para sí, en nuestra lectura tradicional de Mateo identifiquemos con Dios a un señor que exige la multiplicación de su dinero y reclama incluso los intereses que podría haber obtenido? No sostengo que ambas parábolas deban interpretarse como si fueran idénticas. Pero sí creo que debemos permitir que dialoguen. Si compartir los dones es verdaderamente una exigencia del Evangelio, ¿por qué necesitamos fundamentarla en la identificación de Dios con un propietario que termina expulsando a quien no incrementó su capital? Quizás la enseñanza de

compartir lo recibido sea profundamente evangélica, pero la figura del señor de Mateo 25 no sea necesariamente el mejor rostro de Dios para anunciarla. También creo que las parábolas de Jesús conservan una capacidad extraordinaria para incomodar nuestras certezas.

> **Quizás el problema no sea que hemos leído demasiado esta parábola, sino que llevamos demasiado tiempo leyéndola desde un único lugar.**

El Abbá que Jesús vino a revelar

En su encuentro con los jóvenes argentinos, usted recuperó aquella expresión tan querida del papa Francisco: una Iglesia para todos. Recordó que incluso quien se ha alejado, ha caído o cree que es demasiado tarde sigue siendo buscado por Cristo. Y nos habló de Zaqueo, aquel hombre cuya vida comenzó a transformarse cuando Jesús decidió entrar en su casa. ¡Qué bella manera de anunciar el Evangelio! Jesús no esperó que Zaqueo presentara primero un balance positivo de sus obras para acercarse. Fue el encuentro con la misericordia lo que abrió el camino de su conversión. Usted, Santo Padre, supo recordarnos que nadie está tan perdido como para quedar fuera del alcance del amor de Cristo. Esta imagen del Dios que sale al encuentro constituye también el corazón de mi investigación. El Abbá anunciado por Jesús no puede reducirse a un propietario que calcula beneficios y distribuye recompensas según la productividad de sus servidores. Es el Padre que busca al hijo perdido, que sale al encuentro del que regresa y que invita a la fiesta incluso cuando las cuentas humanas parecen indicar que no lo merece. Por supuesto que este amor no elimina nuestra responsabilidad ni convierte la injusticia en algo indiferente. Pero transforma radicalmente el lugar desde el cual comprendemos la conversión.

> **No amamos para conseguir que Dios nos acepte. Es su amor el que hace posible que aprendamos a amar.**

Por eso, Santo Padre, quisiera compartirle una intuición que crece en mí desde que seguí su visita a nuestra tierra: Sus gestos pastorales me parecen mucho más cercanos al Dios que encuentro en la lectura andrajosa de la parábola que al propietario con el que tradicionalmente identificamos a Dios. No porque usted haya dejado de anunciar la responsabilidad, la conversión o el compromiso cristiano, sino porque mostró que la misericordia no se agota cuando alguien fracasa. Alguna vez también experimenté el fracaso en mi propia vida. Y sus palabras fueron para mí una verdadera caricia cuando recordó a los jóvenes que “en la Iglesia hay un lugar para ti, con tus preguntas, tus heridas y tu historia”. ¡Cuánto bien puede hacer una palabra así!

> **Porque el Evangelio no comienza cuando alguien consigue demostrar que merece ser amado. Comienza con la sorprendente noticia de que Dios ya ha salido a su encuentro.**

Una invitación a seguir buscando juntos

Querido papa León:

No escribo estas líneas para oponer mi interpretación a la suya, mucho menos para cuestionar su ministerio. Las escribo porque su visita me llenó de esperanza y porque considero que la teología debe permanecer siempre abierta a las preguntas que nacen del encuentro entre la Escritura y la vida. Me pregunto si, después de tantos siglos, no será tiempo de volver a escuchar a ese tercer servidor sin condenarlo antes de que termine de hablar. Tal vez tenga algo que decirnos sobre el poder, la justicia, el miedo y la fidelidad. Tal vez su expulsión no constituya una descripción del modo de proceder de Dios, sino una denuncia de las consecuencias de resistirse a determinados poderes. Tal vez el personaje que hemos considerado malo y perezoso merezca una segunda lectura. Y tal vez los gestos de misericordia que usted ha realizado durante su viaje por América Latina puedan ayudarnos a formular esas preguntas con una sensibilidad renovada.

No quisiera terminar sin reiterarle mi agradecimiento. La Iglesia necesita pastores capaces de acercarse a quienes otros mantienen a distancia, de escuchar a quienes sienten que ya no tienen lugar y de recordar que ninguna historia humana está definitivamente clausurada. Usted nos ha ofrecido testimonios muy hermosos de esa cercanía. Por eso me atrevo a dejarle una última pregunta:

> **Santo Padre, si el Abbá de Jesús es aquel que sale a buscar al perdido, ¿podemos seguir identificándolo sin más con el señor que ordena expulsar al tercer servidor a las tinieblas?**

Quizás no tengamos que elegir entre la fidelidad a la Escritura y la misericordia que usted tan bien ha predicado y practicado. Quizás debamos permitir que esa misericordia nos ayude a leer nuevamente la Escritura, sin ignorar ninguno de sus versículos. Quisiera compartirle, finalmente, la intuición cristológica más profunda que anima mi libro. En mi fe personal, el tercer servidor es Jesús y la parábola de los talentos es un micro relato de sus últimos días, donde el hijo de Dios, profeta de la paz denunció la injusticia de los poderes de turno y por ello fue expulsado a la muerte de cruz. En estos días, usted ha sido para mí el Tercer Servidor, es decir, un profeta que habló en nombre del Dios de Jesucristo, sin temor, con convicción evangélica y dispuesto a levantar a los caídos para llevarlos, no a las tinieblas sino a la Iglesia que clama: “¡todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo! ¡Vayan y anuncien!”.

Santo Padre, si alguna vez estas palabras llegaran a sus manos, quisiera que encontrara en ellas no una impugnación de su predicación, sino la gratitud de alguien que ha reconocido en sus gestos la ternura del Abbá y que, precisamente por eso, se anima a invitarlo a seguir interrogando juntos las Escrituras.

Con profunda admiración, gratitud y esperanza, lo bendigo y rezo por usted.

Mariano Serer Mora
Esposo de Nati, papá de Génesis Pilar
Teólogo
Autor de El rey expulsado. Rearmando la parábola de los talentos
Buenos Aires, Argentina
Noviembre de 2026

Fuentes y referencias

Documentos pontificios

1. León XIV, Homilía en la Santa Misa de Pucallpa, Perú, 15 de noviembre de 2026. Vatican.va.

2. León XIV, Vigilia con los jóvenes en el Monumento de los Españoles, Buenos Aires, 10 de noviembre de 2026. Vatican.va.

3. León XIV, Saludo durante la visita al Complejo Penitenciario Federal de Buenos Aires, 11 de noviembre de 2026. Vatican.va.

Textos bíblicos principales

Mt 20,25-28; 22,15-22; 25,14-46; Lc 12,16-21; 19,1-10; Dn 3; Ex 22,24; Lv 25,35-37; Dt 6,10-11; 23,20-21; Jos 24,13; Sal 24,1.

Referencia del autor

Serer Mora, Mariano, El rey expulsado. Rearmando la parábola de los talentos, Buenos Aires, EzerYah Producciones, 2024. Especialmente capítulos III, IV y V.